

ARQUEOLOGÍA

20 DESCUBRIMIENTOS QUE
CAMBIARON LA HISTORIA

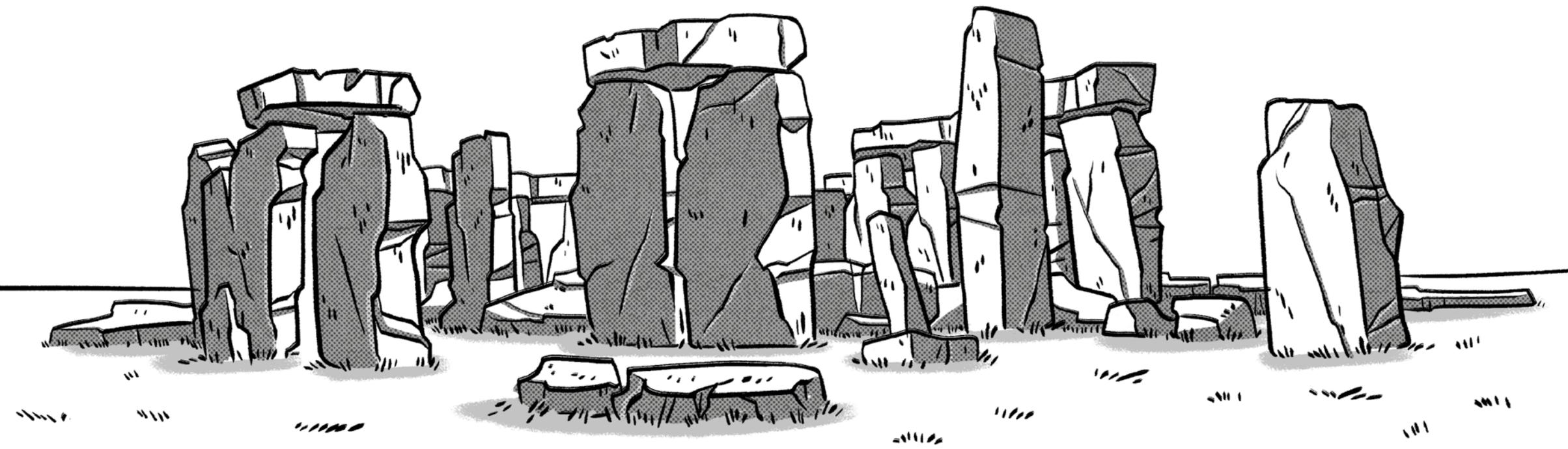
JAVIER ALONSO LÓPEZ

ARQUEOLOGÍA

20 DESCUBRIMIENTOS QUE
CAMBIARON LA HISTORIA

Índice

¿Qué encontrarás en este libro?.....	6	12. Los manuscritos del mar Muerto.....	142
1. Las huellas de Laetoli.....	8	13. Los guerreros de Xi'an.....	154
2. La Cueva de los Nadadores	20	14. La tumba de Herodes el Grande.....	166
3. Ötzi, el hombre de hielo	32	15. Pompeya	178
4. Stonehenge.....	44	16. Troya.....	190
5. Tumbas reales de Ur	56	17. El barco de Sutton Hoo.....	202
6. Palacio de Cnosos	70	18. Angkor Vat.....	214
7. Hattusa.....	82	19. Machu Picchu.....	226
8. La tumba de Tutankamón	94	20. Copán, enclave de la civilización maya.....	238
9. La tumba de Seti I	106	Mapa de los descubrimientos.....	250
10. El escondite real de Deir el Bahari.....	118	Los descubridores	252
11. Petra.....	130		



¿Qué encontrarás en este libro?

Vestigios monumentales

Te mostraremos las magníficas construcciones, huellas y objetos de las antiguas civilizaciones que todavía hoy nos siguen maravillando.

La historia del descubrimiento

A través de los relatos vivirás las fascinantes aventuras que llevaron a los arqueólogos hasta estos descubrimientos.

Los exploradores

Conocerás a todos esos grandes hombres y mujeres que han hecho y hacen posible la arqueología.



El legado

Además, podrás conocer todo lo que hemos aprendido y sabemos sobre la historia, gracias a estos vestigios.



Las huellas de Laetoli

EN 1976, MARY LEAKEY, UNA ANTROPÓLOGA BRITÁNICA QUE TRABAJABA EN VARIOS YACIMIENTOS PREHISTÓRICOS AFRICANOS EN OLDUVAI (TANZANIA), DESCUBRIÓ UNA CAPA DE SUELO PETRIFICADO EN LA QUE SE PODÍAN DISTINGUIR UNAS HUELLAS DE PISADAS SIMILARES A LAS HUMANAS. ¡PERO DE HACÍA MÁS DE 3.7 MILLONES DE AÑOS! ERAN EL TESTIMONIO MÁS ANTIGUO DE UN MOMENTO IMPORTANTÍSIMO DE LA EVOLUCIÓN DE LAS ESPECIES. LOS HOMÍNIDOS QUE LAS DEJARON PERTENECÍAN A LA ESPECIE MÁS ANTIGUA CONOCIDA CAPAZ DE CAMINAR ERGUIDA, COMO LOS HUMANOS ACTUALES.

LAS HUELLAS DE LAETOLI PERTENECEN A UN HOMÍNIDO EXTINTO LLAMADO 'AUSTRALOPITHECUS AFARENSIS'.

UBICACIÓN

Tanzania

ÉPOCA

Aproximadamente hace 3,7-3,2 millones de años.

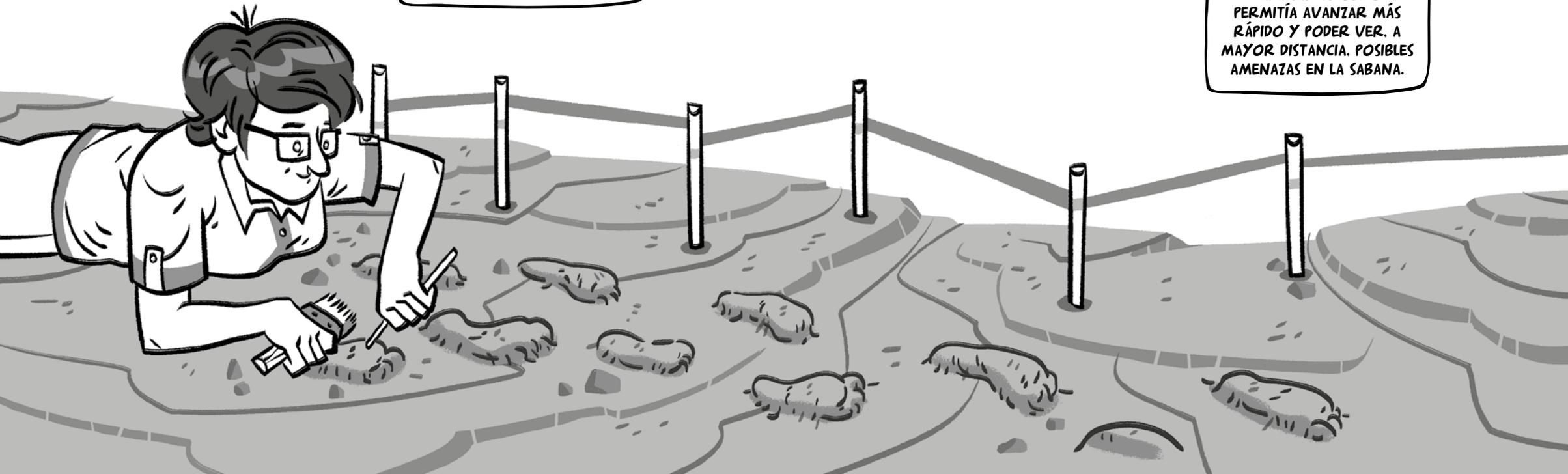
IMPORTANCIA

Caminar erguido es el primer rasgo de la evolución que marca la separación entre los simios y los primeros homínidos antepasados de los humanos actuales. Las huellas de Laetoli marcan este paso evolutivo hace unos 3,7 millones de años.



HAY DOS TEORÍAS: QUE SE TRATABA DE DOS INDIVIDUOS, O QUE HUBO UN TERCERO POR DETRÁS QUE PISÓ SOBRE LAS HUELLAS DE LOS QUE IBAN DELANTE.

CAMINAR ERGUIDO PERMITÍA AVANZAR MÁS RÁPIDO Y PODER VER, A MAYOR DISTANCIA. POSIBLES AMENAZAS EN LA SABANA.



LA EX(CA)CAVACIÓN

(Laetoli, Tanzania, 1976)

Como todos los días, a media mañana se hacía una pausa en los trabajos de excavación para reponer fuerzas y comer algo. La jornada empezaba al amanecer para evitar las horas de mayor calor, y pasadas unas cuatro horas venía bien un descanso. Los asistentes tanzanos habían preparado una mesa sostenida por unas borriquetas y ya habían colocado las bandejas con comida y las jarras con café, agua y zumos. Poco a poco, los excavadores del equipo se sentaron alrededor de la mesa.

—Estáis haciendo un buen trabajo, muchachos —dijo Mary Leakey, la directora de la excavación—. No os desaniméis.

Todos en la mesa hicieron algún gesto de reconocimiento y sonrieron, aunque en su interior sentían cierta frustración. Habían encontrado unos pocos fósiles de tortugas, elefantes, musarañas, pero nada de homínidos, su gran objetivo.

—Hay que seguir trabajando —insistió Leakey—. Es la única forma de que la suerte nos sonría.

Dos de los jóvenes colaboradores de Mary Leakey, David Western y Andrew Hill, se levantaron de la mesa y se retiraron a la sombra de un gran árbol a unos cien metros de distancia. Les gustaba sentarse allí un rato hasta que se reanudase el trabajo. Y generalmente se les unían siempre varios niños del poblado vecino, con los que jugaban y a los que siempre daban algo de comida del desayuno.

—Seguimos trabajando —David repitió las palabras de la jefa—. Pero la suerte no nos sonrío.

—¡Venga, hombre! No seas tan pesimista. —Andrew intentó animar a su amigo dándole una palmada en la espalda.

—No soy pesimista, sino realista. Desde que hemos empezado esta campaña, solo hemos encontrado esto —dijo cogiendo del suelo una pequeña bola de estiércol que un escarabajo pelotero intentaba empujar con esfuerzo—. ¡Caca! ¡Hemos encontrado caca!

Y tras decir esa palabra, David le tiró la pequeña pelota de caca a su amigo. La bolita le golpeó en la frente y rebotó con tan mala suerte que cayó dentro de su vaso de café.

—¡Ten cuidado, hombre! —protestó Andrew intentando parecer enfadado—. ¡Me has estropeado el café!

LA DESCUBRIDORA

Mary Leakey (1913-1996) llegó al mundo de la arqueología por casualidad. De niña viajaba desde Inglaterra a Francia de vacaciones, y fue allí donde vio por primera vez pinturas rupestres. Convencida de que quería dedicarse a estudiar la prehistoria humana, comenzó a trabajar como dibujante de excavaciones. Gracias a su habilidad para el dibujo arqueológico, conoció al antropólogo Louis Leakey, con quien acabó casándose. Junto a su marido trabajó en yacimientos prehistóricos de Kenia y Tanzania. Fueron años de grandes hallazgos de pinturas, herramientas y huesos de homínidos, pero lo mejor estaba por llegar. El yacimiento de Olduvai, en Tanzania, ofrecería descubrimientos increíbles, con un total de 15 nuevas especies de homínidos y gran cantidad de objetos relacionados con ellos. Pero, aunque todos estos descubrimientos fueron muy interesantes, el gran hallazgo de su vida fueron las huellas de Laetoli, que cambiarían para siempre la historia de nuestros antepasados.



—¿Estropeado? Es imposible estropear el café tan horrible que nos dan aquí. Yo creo que te lo he endulzado. —Y cogiendo otra bolita de estiércol, la arrojó de nuevo contra su amigo. Y de nuevo acertó dentro del vaso—. Ja, ja, ja. Si necesitas más, dímelo.

Andrew se quedó mirando su vaso, se puso en pie muy serio y avanzó unos pasos para recoger del suelo algo que David no pudo reconocer.

—¿Sabes lo mejor de trabajar en este lugar, David? —dijo Andrew sin poder contener la risa—. Te lo diré. Quizás no encontremos fósiles importantes, pero sin duda se pueden encontrar en el suelo excrementos de muchos animales diferentes.

Antes de que David pudiera reaccionar, Andrew le arrojó una caca de cebra. Parecía reseca, pero, al impactar contra la cabeza de David, resultó que el interior todavía estaba húmedo, pringoso y caliente. David se pasó la mano por el pelo pegajoso y se la miró sorprendido.

—¿Quieres guerra? ¡Pues tendrás guerra!

David corrió hacia donde estaba Andrew y recogió otro zurullo de cebra que le pareció suficientemente grande. No se molestó en arrojarlo, sino que él mismo se lo plantó en la camisa blanca.

Los niños del poblado que estaban con ellos habían estado viendo la escena desde el principio con curiosidad. Llegados a ese momento, debieron de pensar que aquello parecía un juego muy divertido y se unieron a la batalla de cacas.

—¡Al ataque! —animaba Andrew a unos cuantos niños que parecían haberse unido a su bando.

—¡Acabemos con ellos! —arengaba David a los suyos.

Las cacas volaban de un lado a otro mientras todos reían y gritaban. De los excrementos de cebra se pasó a los de ñus, algunos de antílope y hasta uno de jirafa. A nadie le daba asco tocar aquello, o parecían haber olvidado qué era en realidad lo que se traían entre manos. La batalla no se decidía a favor de ninguno de los dos bandos, hasta que David decidió subir la apuesta. Abandonando la pelea por un momento, corrió hasta un montículo cercano y se quedó mirando su objetivo: un enorme mojón de elefante.

—¡El arma definitiva! —exclamó satisfecho.

Hundió sus dos manos hasta el codo en aquella magnífica boñiga de elefante y consiguió extraer un trozo enorme, que abrazó contra su cuerpo. Luego, antes de que se le escurriera, se sumó de nuevo a la pelea y se la arrojó a Andrew a un par de metros de distancia.

Andrew vio horrorizado cómo aquel proyectil blando y pegajoso volaba hacia él, y se arrojó al suelo para evitar el impacto. Cayó con tanta fuerza que el suelo, resquebrajado por el calor, se rompió, dejando a la vista otra capa de terreno que había por debajo.

Para entonces, el escándalo de la batalla de zurullos había llamado la atención de todos los miembros del equipo, que se habían acercado y ahora veían en primera fila el espectáculo. Estaba también la jefa, Mary Leakey, que se quedó mirando fijamente el lugar donde la caída de Andrew había levantado el suelo. Parecía una capa de terreno más duro, y en una esquina asomaba lo que parecía una huella petrificada.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! —comentó en voz baja.

Mientras proyectiles de todos los tamaños, pero un mismo olor, volaban de un lado a otro y el aire se llenaba de risas y gritos, la

profesora Leakey se introdujo en la refriega para ver más de cerca aquel nuevo suelo. Llegó hasta el lugar donde había caído Andrew y se arrodilló.

—¡Cuidado!

—¡CHOF!

EL 'AUSTROLOPITHECUS AFARENSIS'

En 1974, un par de años antes de los hallazgos de Mary Leakey, se descubrieron en Etiopía los restos de un homínido desconocido hasta aquel momento. El espécimen que se encontró fue mundialmente



conocido como Lucy, aunque el nombre científico de su especie era *Australopithecus*, y se le llamó *afarensis* porque fue encontrado en una región habitada por la tribu Afar.

Lo más importante de aquel descubrimiento fue que, gracias a que se conservaba gran parte del esqueleto de Lucy, en especial los huesos de la pelvis, pudo establecerse que los *Australopithecus afarensis* eran capaces de caminar erguidos y no con la ayuda de los brazos, como hacen los primates. Lucy era un nuevo eslabón en la cadena de la evolución, que va desde los primates más parecidos a los monos y gorilas hasta los humanos modernos. Lucy marcaba el momento en el que, por primera vez, un primate había caminado erguido. Las huellas de Laetoli, pertenecientes a la misma especie de *Australopithecus afarensis*, confirmaron aquel descubrimiento.

Demasiado tarde. Cuando la profesora quiso reaccionar, ya tenía la boñiga a menos de un metro de su cara. Solo le dio tiempo a cerrar los ojos antes de que el excremento le golpease de lleno. De repente, se hizo el silencio, la batalla se detuvo y todos se quedaron mirando a la jefa. David, el responsable del lanzamiento, estaba rojo como un tomate y hubiera dado dinero por que la tierra se hubiera abierto bajo sus pies y le hubiera engullido en ese mismo instante.

—Pro... pro... profesora Leakey —tartamudeó—. Lo siento. ¿Está usted bien? ¡Oh, cielos! ¡Cuánto lo siento! ¡Qué vergüenza! Le ruego que me perdone.

—No pasa nada, David —dijo Mary Leakey mientras se quitaba los restos pegajosos con la manga de su camisa—. Tranquilo. Ahora estaos quietos, que quiero examinar este suelo. Traed una paleta y una brocha, por favor.

Enseguida, uno de los ayudantes del equipo corrió a donde estaban las herramientas y regresó con lo que le habían pedido. La profesora Leakey comenzó a cepillar el suelo para limpiar la superficie y, a continuación, rascó con cuidado alrededor de la abertura para hacerla más grande.

—La capa superior es de arcilla y tiene ceniza volcánica. Igual que donde estamos excavando a unos metros de aquí —dijo la profesora—. Lo de abajo parece un suelo petrificado. Por el color parece también de origen volcánico. Y esa marca de aquí...

Cepillando y apartando la tierra, poco a poco salió a la luz una huella que parecía humana, similar a las que se hacen en la arena de la playa. Solo que esta estaba solidificada. Leakey siguió rascando y

cepillando el suelo y unos centímetros más allá apareció el inicio de otra huella.

—¡Ooohhh!

—¡Venga! ¡Ayudadme! —dijo Leakey—. Hay que limpiar toda la zona.

En muy poco tiempo, varios miembros del grupo se unieron a su jefa para aumentar el espacio de excavación. Había que hacerlo con cuidado, pero sentían la emoción del momento en el que se descubre algo importante, ese instante en el que a un arqueólogo le compensan todos los esfuerzos y sufrimientos de un trabajo muy duro.

Pasadas unas horas, estaba claro que habían desenterrado las pisadas de dos individuos que habían caminado juntos por allí. Y tenía que haber sido hacía millones de años, porque había dado tiempo a que se petrificasen. Era un descubrimiento sensacional. La suerte les había sonreído.

* * *

Unas semanas más tarde, llegó a su fin la campaña de excavaciones. El gran hallazgo había sido aquella sucesión de pisadas que, después de ser analizadas, parecían tener más de 3,5 millones de años. Por lo tanto, se trataba de las huellas más antiguas conocidas de un homínido bípedo, que caminaba sin ayudarse de las manos. La noticia ya había dado la vuelta al mundo, y la profesora Leakey decidió premiar a todo el equipo con una comida de despedida en medio de la sabana donde habían trabajado tan duro.

DEJANDO HUELLA

Hace aproximadamente 3,7 millones de años, en el lugar donde actualmente se encuentra la Garganta de Olduvai, había varios volcanes activos. Un día, uno de estos volcanes, el Sadimán, entró en erupción, y empezó a arrojar al aire cenizas volcánicas. Estas se posaron en el suelo y, al mezclarse con la lluvia, formaron una especie de cemento blando. En aquel momento, dio la casualidad de que un grupo de animales (jirafas, rinocerontes, gacelas, pájaros y conejos, entre otros) pisaron ese suelo y dejaron sus huellas en él. Pero también lo hicieron dos *Australopithecus afarensis*, que caminaban erguidos y dejaron sus huellas impresas en el barro. Con el tiempo, esas huellas se secaron y otras capas de ceniza volcánica las conservaron intactas hasta que, en 1976, Mary Leakey y su equipo descubrieron un tramo de este suelo que conservaba unas setenta huellas a lo largo de más de 25 metros. Esas huellas confirmaban lo que los huesos de Lucy habían insinuado. Aquella especie de homínido era la primera capaz de caminar como los humanos actuales. ¡Eran nuestros antepasados!



Aquel día todo fueron risas y celebraciones. Cuando llegaron a los postres, Mary Leakey se levantó y pronunció unas palabras.

—Querido equipo, quiero daros las gracias por vuestro trabajo de estas semanas. Como os dije, al final tuvimos suerte, y hemos llevado a cabo un descubrimiento importantísimo. Todavía faltan pruebas que hacer, pero hemos encontrado los restos más antiguos de

un homínido bípedo. Nuestro tatatarabuelo, por así decirlo. Y quiero dar las gracias en especial a Andrew y a David, porque sin aquella guerra, la verdad, un poco asquerosa, no habiéramos encontrado las huellas.

—¿Me perdona entonces el boñigazo que le di? —preguntó David riendo.

—Ya sabes que sí, querido David. Está totalmente olvidado —respondió Leakey divertida—. No solo eso, sino que quiero haceros un regalo a Andrew y a ti por habernos traído suerte.

—¡Vaya! ¡Muchas gracias, profesora! ¿Qué es? —dijo Andrew.

—Una sorpresa. Cerrad los ojos.

Andrew y David obedecieron intentando descifrar los sonidos a su alrededor. Por encima de las conversaciones de la mesa, distinguieron un ruido familiar: el de una de las carretillas que usaban para excavar que se acercaba hacia ellos. Luego, las voces se apagaron, escucharon cómo se movían algunas sillas y distinguieron algunos cuchicheos.

—Una, dos y... ¡tres!

—¡ZAS, CHOF, BOOOM, BANG, PLAS!

Cubriéndose la cabeza, David y Andrew abrieron los ojos para ver cómo todos los miembros del equipo, incluida la jefa, les arrojaban proyectiles de caca que iban tomando de la carretilla. ¡Y era una boñiga enorme, de elefante! El bombardeo duró un tiempo que se les hizo eterno, mientras escuchaban las risas de sus compañeros.

Por fin se hizo el silencio. Todo alrededor de los dos amigos olía a caca, porque estaban literalmente cubiertos de ella.

—¿Os ha gustado el regalo? —dijo la profesora Leakey—. Ahora estamos en paz.

NUESTROS ANTEPASADOS

En los años siguientes se realizaron nuevos descubrimientos de huellas y se ha podido tener una idea más clara de cómo eran los *Australopithecus afarensis*, nuestros antepasados. Se trataba de unos individuos bastante más bajos que nosotros (no llegaban al metro y medio de altura), estaban cubiertos de pelo, su capacidad craneal era aproximadamente de 380-450 cm³, es decir, un 40 % de la capacidad de nuestra especie actual, el *Homo sapiens sapiens*, y había diferencias notables entre los machos y las hembras. Era evidente que eran capaces de caminar erguidos, pero la forma alargada de sus manos, similares a las de los simios, sugiere que todavía pasaban bastante tiempo de su vida encima de los árboles y comían vegetales, cazaban pequeños animales o carroña.

También se sabe que no fabricaban herramientas propias, algo que haría por primera vez el *Homo habilis* casi un millón de años después, aunque sí empleaban piedras afiladas que encontraban para cortar la carne de los animales.

Los *Australopithecus afarensis* como Lucy y como los que dejaron las huellas de Laetoli no son humanos como nosotros, pero representan un avance importantísimo en la evolución que nos ha llevado a convertirnos en *Homo sapiens*.

